

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FILOSOFIA
Y
LETRAS

*REVISTA DE LA FACULTAD
DE FILOSOFIA Y LETRAS*

45-46

ENERO-JUNIO

1952

IMPRESA UNIVERSITARIA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Rector:

DR. LUIS GARRIDO

Secretario General:

DR. JUAN JOSÉ GONZÁLEZ BUSTAMANTE

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

Director:

DR. SAMUEL RAMOS

FILOSOFÍA Y LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD DE
FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA
UNIVERSIDAD N. DE MÉXICO

PUBLICACION TRIMESTRAL

DIRECTOR-FUNDADOR:

Eduardo García Máynez

SECRETARIO:

Juan Hernández Luna

Correspondencia y canje a Ribera de San Cosme 71
México, D. F.

Subscripción:

Anual (4 números)

En el país.....	\$ 11.00
Exterior	Dls. 2.00
Número suelto....	\$ 3.00
Número atrasado	4.00

Sumario

ARTICULOS

	Págs.
José Díaz García	<i>La unificación de los reinos españoles operada por los Reyes Católicos</i> 9
Rogelio Díaz Guerrero	<i>Rasgos y sumaria historia del moderno behaviorismo norteamericano</i> 59
José Gaos	<i>La lógica jurídica de Eduardo García Máynez</i> 99
Eduardo García Máynez	<i>Principios ontológicos y ontológico-jurídicos sobre el hacer y el omitir</i> 125
Eli de Gortari	<i>La filosofía en China</i> 131
Alfonso García Ruiz	<i>Sociogénesis del mexicano</i> 145
Angelina G. de Moreleón	<i>Algunas formas del valor y de la cobardía en el mexicano</i> 165
Sergio M. Fernández	<i>El inmanentismo del Infierno de Quevedo</i> 175
Juan Hernández Luna	<i>El filosofar de Samuel Ramos sobre lo mexicano</i> 183
Felipe Pardinás Illanes	<i>Ensayo sobre las relaciones entre indeterminación y causalidad</i> 225
Oswaldo Robles	<i>Panorama de la psicología en México. Pasado y presente</i> 239

	Págs.
Francisco Monterde	<i>En torno a Los de abajo, del doctor Mariano Azuela</i> 265
Bernabé Navarro B.	<i>Didáctica de las lenguas clásicas</i> 271
Luis Weckmann	• <i>La Edad Media en la conquista de América</i> 291
Ramón Xirau	<i>A. N. Whitehead: Tres categorías fundamentales</i> 311
Alfonso Zahar Vergara	<i>Dos actitudes escépticas: San Agustín y Descartes</i> 327

RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

Isaías Altamirano	<i>El antiguo Oriente.</i> (David George Hogarth.) 333
Ismael Diego Pérez	• <i>Historia de las Indias.</i> (Fray Bartolomé de las Casas.) 336
Joaquín Macgrégor	<i>Endliches und Ewiges Sein.</i> (Edith Stein.) 340
Jesús Montejano Uranga	<i>El mahometismo.</i> (H. A. R. Gibb.) 342
Laura M. de Manzano	<i>La X en la frente.</i> (Alfonso Reyes.) 345
Fernando Salmerón	<i>El perfil del hombre y la cultura en México.</i> (Samuel Ramos.) 349
Fernando Salmerón	<i>Conciencia y posibilidad del mexicano.</i> (Leopoldo Zea.) 353
Pedro Rojas Rodríguez	<i>El arte religioso del siglo XII al XVIII.</i> (Emile Mâle.) 356
Luis Weckmann	<i>Una desorientación occidental.</i> (Eduardo Espinosa y Prieto.) 364
Jesús Zamarrípa Gaitán	<i>Ricardo Wagner.</i> (W. H. Hadow.) 369
J. H. Luna	<i>Noticias de la Facultad de Filosofía y Letras</i> 375
Publicaciones recibidas 381
Registro de revistas 382

EL INMANENTISMO DEL INFIERNO DE QUEVEDO

En medio de la especial situación histórica por la que España atraviesa en el siglo xvii, surgen valores culturales que presagian el próximo ocaso de la Edad de Oro. Tiempo antes, España había venido marcando, ya desde los lejanos días de los Reyes Católicos, el ritmo heterogéneo y difícil de la vida política europea; su plenitud llega con el Emperador y Felipe II y en este último termina asimismo. Llena de una historia rica en acontecimientos, la nación se goza en la tarea que providencialmente se le ha encomendado y que, claro es, cree cumplir con plenitud.

La visión católica española había venido informando al mundo durante los siglos xv y xvi y España llevaba su misión frente a una época que se doblegaba como figura de arcilla entre sus manos. Todas las situaciones vitales del hombre muestran ese florecimiento; el Descubrimiento —acontecimiento máximo entre todas esas circunstancias—; el vasto dominio sobre la Europa occidental; las luchas religiosas que nos revelan la fe y el vigor del pueblo español y, derivada de allí, la hazaña de evangelización en las tierras americanas recién conquistadas. La historia, la literatura, el arte y en general todos los exponentes culturales no son sino fiel reflejo de esta cosmovisión que se desarrolla bajo los dictados de la conciencia ibérica. Los cronistas, tanto como los escritores de novelas de caballerías, filósofos y dialoguistas notables, están poseídos de su grandeza histórica y no hacen sino escribir para dar marco y cabida a sus sentimientos de honor, religión e imperialismo.

Sin embargo, la llamada decadencia española se presenta; y esta decadencia está en función directa con el progreso y adelanto del resto de Europa; es un desmoronamiento político que arrastra a España hasta la prostración, hasta la pérdida del dominio mundial que ha ejercido por en-

tonces, pero en cambio sin dejar por eso —así lo cree por lo menos el español— de seguir siendo el pueblo elegido por Dios, aun cuando por el momento sus altos designios parezcan desviados.

El desequilibrio que se sigue es evidente; mientras los tiempos anteriores se caracterizan por un florecimiento político a la vez que cultural, el siglo xvii es *continuación* —o mejor dicho *renovación*— de esos valores artístico-filosóficos dentro de una completa derrota político imperial. Forma concomitante a este nuevo *sentido* o *posición* de España, ante sus circunstancias, el barroco aparece como situación fundamental del espíritu de la nación, consecuencia, en parte, de la inconformidad del hombre peninsular; las expresiones naturalistas é ilusionistas (exageradas derivaciones del realismo y del idealismo), alcanzan vigor y revelan la conciencia de la época y su crisis.

Francisco de Quevedo es, quizás, quien se nos ofrece como el exponente clásico de la vida de los españoles; es el ingenio que muestra la situación desordenada, febril, trágica a la que España ha llegado en el siglo xvii. Su carácter mismo adolece de los defectos que imputa a su patria, y al mismo tiempo posee las virtudes que de ella encomia: el sentido del honor, el orgullo de raza, de religión; el deseo de poderío ilimitado, de fama e inmortalidad. Por su obra asoma la cara fatigada del desengaño que, como tema fundamental en el arte barroco, nos da la pauta anímica de sus creadores.

Efectivamente, España en el siglo xvii está envuelta por un desengaño distinto de aquel desengaño ascético místico que se tiene en el siglo anterior; este otro es un sentimiento negativo, angustioso, que no permite que nadie escape de su radio de acción. Los españoles no comprenden bien qué les ha sucedido, simplemente vuelven la cara hacia su pasado de gloria y sistemáticamente se refugian en él, sin pensar que su misión histórica, a pesar de la *decadencia*, sigue *cumpliéndose*. Quevedo por su parte se desespera; pensador profundo, es demasiado inquieto como para especular sin actuar, ya que para él filosofía y acción se identifican en último término; pero, paradójicamente, eso es lo que acontece, no actúa, porque su ansia de vivir en el pasado sin proponer doctrinas nuevas paraliza el futuro, sin esperanza ninguna de movimiento y vida propios. No puede o no sabe ver que se desea un nuevo tipo de hombre, más real, menos metafísico, más equilibrado y sensato. El erasmista quiere una hu-

EL INMANENTISMO DEL INFIERNO DE QUEVEDO

manidad libre de trabas, de encadenamientos sentimentales y heroicos; preludia una época en la que impere la razón como gobernadora absoluta de los actos humanos; y el fiel de la balanza —contrariamente a lo que Quevedo espera— se inclina por este nuevo sentido de la vida y del hombre.

El escritor entonces, guiado siempre por ese desengaño, idea su obra de madurez, atacando todo lo que le hace incómoda su existencia. Sueña, y esos “sueños” suyos no son sino la exposición de su pensamiento en todos los órdenes, la rabia y el coraje de un hombre vencido que a pesar de ello lucha contra todo, sabiendo que, no obstante, jamás ha de desviar la ruta de los tiempos nuevos. La “modorra” le acarrea pesadillas y éstas le hacen crear un infierno insólito en la literatura.

Apartado de la vigilia, el escritor, al parecer, se mete en las regiones de ultratumba, hacia el más allá que trata afanosamente de hurgar; y llevado por su espíritu satírico, cruel, de amarga burla, se encuentra en un cierto momento con el demonio. Lejos de sentirse agobiado ante tal compañía, como es de suponer, Quevedo gusta de él y le platica, sacando enorme provecho de amigo tan singular; la sabiduría del diablo afluye a su boca sin dificultades, y el escritor, entusiasmado, escucha: el hombre es estúpido, grotesco y engreído y anda siempre en pos de la vanidad, del placer y de lo vano, hastiándose una vez que, para su desgracia, posee lo que desea. A Satanás, a quien nada deja de enfadar (y de esta afinidad de sensibilidades nace su amistad con Quevedo), le gusta hablar mal de todo y de todos, y ocioso es decir que la primera víctima de su maledicencia es la sociedad española, huésped, la más maltratada, de las moradas infernales. Nadie se escapa, ni aun aquellos que por su miserable condición podrían parecer poco propicios para tan enconada sátira. El clero y las clases encumbradas son quienes llevan la peor parte y Satanás sólo perdona a la gente pobre y a los soldados, estos últimos porque combaten y mueren por el Imperio.

El infierno de Quevedo es evidentemente distinto del infierno tradicional del cual tenemos conocidos ejemplos dentro de la historia de la literatura. Es natural que sea oscuro, triste y hasta melancólico, pero no por eso deja de ser cómico, lo cual ya implica, al pronto, una seria antítesis ideológica y formal. El infierno quevediano es aparentemente ilógico y abigarrado y a ello se debe que, a pesar del supuesto castigo de los condenados, la gente que encuentra allí su morada pase el tiempo amable-

mente, entre juegos ociosos y carcajadas que denotan pleno regocijo y continuas diversiones; claro es que está poblado de reyes, de validos, de abogados, filósofos, judíos, herejes, obispos y arzobispos, pero también aparecen abstracciones personificadas, como lo son la muerte, las desgracias, la peste, la pesadumbre, las postrimerías, todas las cuales representan el papel de portavoces de las ideas políticas y sociales del autor. Desde luego la Justicia y la Verdad no habitan en el infierno, la una por desnuda, la otra por ríguosa. Quevedo salpica su relato con disertaciones morales en las cuales propugna por un tipo de moralidad cristiano estoico que, dicho sea de paso, está lejos de respaldar con el ejemplar. Pero esto es secundario; lo importante es que a pesar de todo, los hombres se divierten y la pasan bien en compañía del vicio, de la malicia, de la "ciega incredulidad", de la inobediencia "bestial y desbocada", y de la blasfemia "insolente y tirana".

Sin existir concepciones distintas, raras informaciones que puedan parecernos de otro mundo, comienza a perfilarse que este infierno se parece mucho a nuestra vital esfera de acción. Pero no se crea que se trata de una semejanza accidental o secundaria; por lo contrario, el paralelo entre este mundo y el infierno quevediano es cada vez más patente: en el infierno, como en la tierra, el amancebamiento pasa por amistad, a la usura se le llama trato, descuido a la bellaquería, valentía a la desvergüenza, donaire a la malicia, cortesano al vagabundo. El infierno es un lugar de hipócritas, en donde todos pretenden ser lo que no son, engañándose a sí mismos y a los demás, sin pensar jamás en una posible condenación eterna de dolor y llamas, y sus moradores tienen, para solaz, la carne, el dinero y todos los placeres que el mundo ofrece.

¿Qué sentido puede tener este parecido tan grande? ¿No será que estamos a punto de descubrirle a Quevedo su secreto? Bien se ha visto, en efecto, que el infierno de los *Sueños* de Quevedo es tan parecido a nuestro mundo que a cada instante estamos a punto de confundirlos. Pero si es así, entonces el infierno trascendente de Quevedo, su morada metafísica del pecado, ¿no es acaso ésta que nos presenta? ¿Hay por ventura dos infiernos para Quevedo, su propio mundo y el que existe probablemente en el más allá? La idea es del todo moderna y nos resistimos a creerla. Pero no nos apartemos de los *Sueños*. Hemos visto que el satírico se recrea en castigar a la sociedad y dentro de ella, también a zapateros, pasteleros y en general a todos los gremios menores de

EL INMANENTISMO DEL INFIERNO DE QUEVEDO

trabajadores, pero notamos que odia particularmente a los alguaciles y que, entre los profesionistas, se ensaña con los médicos; con ello empezamos a ver luz en la confusa imagen que (por su misma barroca presentación) nos hace el escritor del infierno. Si observamos que estos dos son tipos esenciales que representan el orden, el progreso y la ciencia en el sentido moderno de la civilización, notaremos que en realidad nada hay más obvio que ese sentimiento de encono que se desprende de las páginas de la obra. El diablo destroza a ambos porque es quien piensa por Quevedo mismo y por lo tanto el personaje que nos da la pauta de la visión española del mundo y de la vida. Los médicos son "ponzoñas graduadas" y los alguaciles son tan malos, que ni el mismo diablo se siente a gusto en compañía de tales sujetos. Son pues los personajes de los *Sueños*, y por lo tanto del infierno, alegorías no del más allá, sino de cosas completamente inmanentes; la idea, por muy moderna que resulte, es de aceptarse. Sin embargo, Quevedo tiene dentro de sí mucho todavía del Medioevo; su mente no es clara y distintamente la de un hombre de su siglo, pues además de su catolicismo acendrado presenta toda una serie de matices que lo hacen ser pensador de tiempos anteriores. Ello no obstante, el paralelo entre su idea del infierno y nuestro mundo se hace cada vez más evidente, y no sólo, sino que tal concepción quevediana aparece como una crítica, un intento de reorganización, de afirmación de valores perdidos dentro de un concepto providencial cristiano.

Pero ¿cómo podemos afirmar en definitiva que su infierno es esta tierra, separándonos completamente de la idea tradicional de considerarlo como representación de un más allá? ¿no será ir demasiado lejos el querer observar un ángulo distinto dentro de la compleja personalidad del escritor satírico? Quevedo nos guía de la mano en este complicado asunto: el día del Juicio Final, una vez terminado éste y levantado el tribunal de Dios, nos relata que "Huyeron las sombras a su lugar, quedó el aire con nuevo aliento, floreció la tierra, vióse el cielo, y Cristo subió consigo a descansar con sí los dichosos, por su pasión. Yo me quedé en el valle; y discurriendo por él, vi mucho ruido y quejas en la tierra.

"Lleguéme por ver lo que había, y vi en una cueva (garganta del Averno) penar muchos, y entre otros un letrado revolviendo no tanto leyes como caldos, y un escribano comiendo sólo letras que no había querido leer en esta vida. Todos los ajuares del infierno, y las ropas y tocados de los condenados, estaban allí prendidos, en vez de clavos y alfileres,

con alguaciles; un médico penando en un orinal y un boticario en una jeringa". Y agrega que: "Dióme tanta risa de ver esto, que me despertaron las carcajadas; y fué mucho de quedar tan triste sueño más alegre que espantado". Es decir, que con sueño o con vigilia, y una vez llegado a fin el Juicio Final, como hemos advertido, sigue viendo aquí, en este valle, gente que continúa su misma ruta de costumbre, tonta y desordenada, por lo cual no tenemos menos que concluir que lo que nos presenta es esta vida, reflejo fiel y espantoso de lo que pueden ser las penas infernales, y no lo contrario. El escritor —aún después del sueño— sigue viendo a alguaciles, despenseros y boticarios, continuando la crítica en la vigilia, ya que todo le parece poco para escarmiento de los hombres; Quevedo nos dice confundir la fantasía con la realidad, pero lo cierto es que sabe colocarse con admirable seguridad en planos tan diversos, sabiendo de antemano el efecto de su literatura.

Por lo demás todo lo que nos relata de esta vida nuestra por ello resulta humano, real, creíble, no teniendo su obra más que conexiones simbólico formales con el más allá que en nada afectan la verdadera estructura de la obra. Para Quevedo el infierno es pues este mundo, con todos sus horrores, vicios, maldades y fango. La sociedad española y cualquier otra, no son sino partes integrantes de esa tortura infinita por la cual el hombre atraviesa antes de alcanzar la bienaventuranza eterna en un Dios de misericordia y amor. Por ello —teniendo en cuenta estas consideraciones— no debemos encontrar incongruente que el hombre en él se ría y se divierta eternamente, ahogando su conciencia en el pecado, viviendo sin sentido en un ámbito que él mismo se ha hecho hostil. De esta suerte es posible que a pesar de la melancolía y de la tristeza que presenta, el infierno quevediano tenga el aparente contrasentido de la comicidad, que en esencia no hace sino completar y expresar el desconcierto del medio que lo ha producido.

Los *Sueños* no son otra cosa que el resultado de la situación histórica del español en su decadencia frente al mundo moderno, de la que hemos hablado; y por eso Quevedo está haciendo constantemente sátira en contra de la política interior y exterior de España, odiando al enemigo que acaba por destruirla tanto como a los validos y a la corte española entera, la más segura perdición de su pueblo, sólo que, como se habrá advertido, eleva su problema a la categoría de universal. Lo barroco, la afloración de formas naturalistas e ilusionistas, son reflejo de una época de

EL INMANENTISMO DEL INFIERNO DE QUEVEDO

contrastes, gris y roja, de una nación que lleva dentro de sí su destrucción y su grandeza.

Es probable, o más bien seguro que Quevedo, por haber sido hombre de ortodoxia indiscutible, tuviera la firme creencia en un infierno metafísico, de un reino del mal más allá de esta vida, pero desde luego el que nos presenta tan magistralmente en su obra es otro, y muy distinto, de aquél. En nada tienen que ver uno con otro porque el que realiza entre sueños es el espejo vivo donde la cara derrotada de España se ha mirado. Desde luego lo importante para nosotros es que en Quevedo, en su pensamiento y en su vida, se ve la dramaticidad causada por el desplazamiento de una información de vida que había regido al mundo durante largo tiempo, por otra nueva que, con el cambio constante y evolutivo de la historia, tendrá a su vez que cumplir su misión y desaparecer.

SERGIO M. FERNÁNDEZ